

mismo que sus costumbres, y una espantosa tristeza se apoderó de todo su ser, arrebatándole hasta su sonrisa. Pasaba los días enteros sin mirar los libros, en una soledad terrible, y entregado á una ociosidad llena de peligros, tanto, que la señora de Scudemor tuvo razón cuando le dijo en el jardín :

—«¿Sabéis, Allán, que me tenéis sobrado inquieta?»

III.

Algunos días después de la escena del jardín que da comienzo á esta narración, se hallaba la condesa de Scudemor sentada en un sofá en la habitación que ocupaba exclusivamente en los Sauces, en vuelta en un amplio peinador blanco, flotante desaliño que dejaba adivinar á través de la ligereza de sus pliegues las líneas y contornos de un talle mórbido y elegante, que el tiempo había respetado, como compensación á los muchos encantos que había desvanecido.

Era la hora del día en que las señoras preparan su tocado antes de la comida, y en que una señora que está en el campo se halla completamente libre. La Condesa parecía muy agitada. Pensamientos, presagios de tempestad nunca vistos en el cielo sin nubes de su frente, pensamientos sumamente penosos, parecía que la atormentaban. Conocíase que en su alma tenía lugar alguna lucha, lucha terrible, que debía concluir por tomar una resolución; pero

el tomar una resolución no siempre es haber vencido.

Allán entró en la habitación, trémulo y como oprimido por el perfume que impregnaba aquella cámara donde ponía el pié por primera vez: tanta era su turbación, que tuvo que apoyarse en un mueble.

—No permanezcáis de pié; sentaos,—le dijo, designándole con la mano una silla, cerca del sofá donde ella se encontraba, grave y fría como el mármol.

La hermosa cabeza de Allán casi tocaba el hombro de la señora de Scudemor; pero no podía verla más que de perfil:

—Os he hecho llamar (siguió diciendo), porque tenía necesidad de veros solo: es preciso que hablemos seriamente de cosas graves y dolorosas.

La introducción era solemne. Al hablar, movía entre sus dedos una flor de heliotropo que había arrancado de las preciosas macetas blancas que adornaban su ventana. Aquella flor tal vez hubiera podido decirnos el sentimiento que la había desprendido de su tallo con la crispación de una mano distraída. Su voz tenía ecos más velados aún que de costumbre, y resonaba en las profundidades del corazón de Allán como una piedra lanzada en un foso.

—Al dejarme el otro día tan bruscamente,

rehusando responderme (prosiguió, después de un momento de silencio), ¿creéis que no me habéis dicho todo lo que queríais callar? ¿Creéis siquiera que me haría falta una respuesta para saberlo todo? Podéis engañar con facilidad á Camila; pero á una mujer, y á una mujer de mi edad, ¿creéis, Allán, que eso sea posible para vos?....

Detúvose entonces, sin volver la cabeza, sin mover los ojos, con la eterna nobleza de actitudes que jamás perdía, jugando siempre con el heliotropo, que impregnaba con sus perfumes sus afilados dedos.

Tanto por la alegría de haber sido comprendido por ella, como por el temor de lo que iba á seguir, Allán había enrojecido hasta lo blanco de los ojos. Misterioso carmín del sentimiento, molido no sabemos en qué paleta divina, ¿quién podría enumerar las indecibles confusiones diferentes reveladas por la suavidad de tu color?....

—Pero he obrado con ligereza (añadió). No he debido pedirnos una confesión. Entre nosotros toda confidencia es imposible, y he resuelto evitároslo.

Callóse durante un segundo, y pareció recogerse en sí misma.

—Allán (dijo por fin), vuestra imaginación y vuestra edad son las que os han extraviado

hasta ese punto. Es preciso culpar á vuestra edad y á vuestra imaginación, que os atormentan la vida desde tan temprano, y no á mí, que sería muy bien vuestra madre. Así es que tengo la esperanza de que esta locura cesará muy pronto. Por otra parte, mañana seré vieja enteramente, y podréis hacer comparaciones que me rebajarán tanto como hoy me elevan en vuestro espíritu. El amor de un adolescente por una mujer que ha vivido casi la mitad de un siglo, debe ser el menos largo entre los más cortos.

Aquí hizo una nueva pausa, midiendo sus palabras con tanto cuidado como le medía el corazón.

—Pero sea de esto lo que quiera, hijo mío, es menester que nos separemos... Volveréis á vuestra universidad en Inglaterra. No quiero volver á veros hasta que estéis completamente curado de ese inconcebible capricho, que tal vez concluiría por haceros desgraciado. Cuando hayáis recobrado la calma, cuando hayáis entrevisto que vuestra necesidad de afección puede ser satisfecha por mujeres tan ricas de juventud en el corazón como de belleza, me volveréis á encontrar vuestra amiga de siempre, y el tiempo se habrá encargado, bien á mi costa, de hacer imposible la reincidencia.

Y se calló tan naturalmente como había

hablado. ¡Había sido muy razonable!... La pobre flor que tenía entre sus dedos se había secado, y la arrojó. Había empleado en herir á una criatura con su acento lleno de afecto, el mismo tiempo que en destruir una creación bajo el dulce frotamiento de sus dedos.

Parécenos que no era posible acusar de hipocresía á aquella mujer que se sabía amada, y á pesar de ello tomaba semejantes aires de maternidad y de razón con el desgraciado que la adoraba. ¿No hubiera podido adivinarse una gran cantidad de orgullo en aquellos alardes de vejez, cuando todo en ella hacía olvidar su edad? Extraña comedia, y, si no lo era, vanidad de Diógenes, que se ostentaba á través de los agujeros de su capa.

Un hombre fuerte le hubiese quebrado la máscara, poniendo de manifiesto su alma ante él; pero Allán no era un hombre fuerte; carecía de los resentimientos que una pasión herida levanta en el corazón con su soplo huracanado. ¡Pobre perro, lamía la mano que le flagelaba! Cuando le dijo: «Es preciso separarnos,» aquella alma tímida é inocente no había encontrado más respuesta que las lágrimas.

Pero ¿hay quien pueda comprender la magia de las lágrimas para una mujer?... Que corran silenciosas, frías ó tibias, es lo de menos,

porque siempre se asemejan á uno de esos ríos que arrastran consigo los diques del corazón. Para estos seres dotados de una piedad divina, siempre hay sangre del corazón en la menor lágrima que se derrama á sus piés. Los grandes seductores lo saben, y su principal poder está en saber llorar. Don Juan y Lovelace lloraban. ¡Terrible poder el de esas sirenas! Pero Allán no era ni don Juan ni Lovelace. No era entonces, ni lo fué tampoco más adelante, uno de esos cocodrilos de la seducción, cuyas lágrimas atraen para devorar. Estaba en la edad de la vida en que siempre se camina con la verdad, y no tenía más que el llanto involuntario del niño. Hubiera podido tomársele por una joven, por la hermana mayor de Camila, á quien su madre infligiera el castigo de disfrazarse de niño.

La condesa de Scudemor no se hallaba ya, por su parte, en la época de la existencia en que la simple vista de una emoción nos conmueve. Y, sin embargo, aquella persona tan fría no pudo resistir la elocuencia de aquel silencioso llanto y de aquella desesperación tan resignada. Le atrajo á sus rodillas delante de ella, y lentamente le enjugó las lágrimas con su mismo pañuelo perfumado, careciendo de valor para volverle á repetir que era necesario marchar.

—¡ Ah! (exclamó.) ¡ Esto es lo que yo temía con tanta razón!

Y después de haber reflexionado bastante rato, añadió:

—Vamos, no os desesperéis; permaneceréis cerca de mí.

Y al decir estas palabras, le estrechó con sus rodillas, entre las cuales le había colocado.

De esta manera él aspiró en los pliegues del peñador, donde habían caído sus lágrimas, aquellas mismas lágrimas, bebiéndolas como un néctar delicioso, porque se habían templado en la tela al contacto del cuerpo que ocultaba.

Poco después la señora de Scudemor volvió á tomar su aire maternal, y habiendo hecho que Allán se sentara á su lado en el sofá, le dijo:

—Pero si permanecéis aquí, quiero, Allán, que me prometáis obedecerme en todo. ¿Me lo prometéis?

—Sí,—replicó aquel niño, que tenía menos vello en su labio que la mujer que le interrogaba, con el mismo tono que responde una niña inocente el día de su casamiento.

—Pues bien, Allán (insistió): quiero que renunciéis á la soledad en que pasáis los días. Tenéis que renunciar á la vida ociosa y aislada por que tanto anheláis hace algún tiempo. Este año hay mucha gente en los Sauces, y

entre esas personas hay algunas jóvenes de vuestra edad: en lugar de huir de ellas, como habéis hecho hasta aquí, quiero que permanezcáis con nosotros en el salón, después de haber ocupado el día en estudios que os distraigan de una preocupación que os absorbe demasiado. Y cuando vuestro espíritu no sea capaz de una atención sostenida; cuando la turbación de vuestra imaginación sea demasiado grande, venid á buscarme, porque ya veréis, mi pobre enfermo, que soy menos peligrosa para vos de cerca que de lejos.

—¡Oh! Si amaba tanto la soledad (respondió Allán con la triste ternura de un corazón consolado), es porque no tenía nadie que se interesara por mí, y temía...

Á estas palabras vaciló.

—¿Qué temíais?—le preguntó ella.

—Que os burlaseis de mí (dijo Allán); y Dios sabe que no existe la menor vanidad en lo que os digo. Yo no hubiera podido aborreceros, pero conozco que hubiera sido mucho más desgraciado.

—Y si yo me hubiera burlado de vos, Allán (dijo, con el escepticismo de una incredulidad encantadora, vibración femenina que repercutía en las cuerdas de un instrumento sonoro), ¿no hubiera sido mucho mejor?

Sin embargo, no osaba asegurar lo que de-

cía, porque temía, en lo íntimo de su conciencia, que no decía la verdad al pronunciar estas palabras. Y, en efecto, ¿cuántas mujeres podrán citarse que después de los treinta años se rían del amor que inspiran en los corazones, por más que los suyos sean los más ínfimos de la humanidad? Una joven tiene crueldades inocentes; en su inexperiencia, es como el niño que pica los ojos á un pájaro con un punzón. Pero una mujer que ha bebido ya las tres cuartas partes del cáliz de amargura de la vida, no arroja con desprecio la gota de miel que queda en el fondo, por una de esas casualidades que hacen á los impíos creer en Dios, y la señora de Scudemor acababa de demostrar que lo sabía.

Hablaron de esta manera mucho tiempo: ella siempre madre, es decir, grave y tierna; él enamorado, tímido, ¡pero con una timidez tan confusa! Ella le imponía una vida más activa, más exterior, como si la voz de la mujer amada pudiera hacer extinguir el amor que se la profesa, y él, diciendo á todo que sí, sin resentirse, aunque veía claramente que había en su corazón mil imposibilidades para obedecer. Encantadora conversación, entrecortada por momentos de silencio, y mantenida á media voz, porque en las interioridades de las cosas del alma, esta Eva tiene un pudor tan

exquisito, que procura añadir á su velo cuantos objetos cree que pueden servirle para encubrir su secreto.

—Está bien (dijo al fin, con la sonrisa de un escultor cuyo primer golpe dado con el cincel ha sido afortunado); está bien: yo os prometo que os calmaréis muy pronto.

Y como lo hubiera hecho con Camila, á lo que parece, porque nadie puede alcanzar otra cosa que contradicciones en las tinieblas del alma de una mujer, aplicó los labios á la frente de Allán en un beso tan largo, como si no fuese desinteresado.

De aquellos labios pálidos y helados surgió un mar de escarlata en las mejillas del joven. Es preciso haberlo experimentado en sí mismo, para conocer los movimientos locos y sobrehumanos que se sublevan en nuestro ser cuando se quisiera—¡esfuerzo inútil!—recoger en los labios el beso perdido que se ha dado en nuestra frente.

—Haces mal en besarlo, mamá (dijo Camila, que entraba en aquel momento con un ramo de pensamientos en las manos). Si le quieres, es que no quieres ya á tu pobre Camila. ¡No sabes de qué manera me abandona ahora! En otro tiempo, no era fácil que me hubiera dejado coger sola un ramillete tan grande como este.

Y con su viveza natural se arrojó para sentarse en el sofá entre su madre y Allán, volviendo á éste zalameramente su redonda y graciosa espalda. Puesta de aquella manera, con la cara roja por el calor de las cuatro de la tarde, que parece que no tiene agujas como el del mediodía, las manos sin guantes, la boca entreabierta, pero sin sonreír; con su bata blanca, tan corta, que dejaba ver sus lindas botinas hortensia, cubriendo unos menudos piés que se agitaban continuamente, seria como las flores que tenía en la mano, se asemejaba á una esperanza y á un presentimiento reunidos, punto de intersección entre la primera florecencia de la juventud y la primera ilusión marchitada, vertiente entrevista de la colina, edad en la que sería una dicha permanecer siempre.

Había colocado detrás de la oreja, entre sus cabellos de un rubio que el sol había oscurecido, una rosa encarnada, en cuya corola se había dormido una abeja cansada, que había perdido su aguijón: presa que había conquistado, sin saberlo, en sus combates contra los insectos y en sus carreras por el jardín con la cabeza descubierta.

—Es menester que hagas las paces con Allán, querida niña (dijo la señora de Scudemor, espantando con el pañuelo que Allán ha-

hía humedecido con sus lágrimas, la abeja separada de la rosa, donde reposaba en su lecho de púrpura). ¿Quieres seguir encolerizada con él? ¡Ha sido siempre tan amable para contigo! ¿Dices que te abandona? Pero si hace algún tiempo que sufre por cualquier motivo, ó se halla demasiado ocupado para mezclarse en tus juegos, ¿es ese motivo suficiente para guardarle rencor?... Por otra parte, yo te conozco bien: si Allán no se ha ocupado tanto de ti, probablemente será porque tú le has hecho incomodar, y, lejos de procurar atraerle, te has separado de él cada vez más, y de ese modo las injusticias no llegan jamás á olvidarse.

—¡Oh! Ya tomas tú aire severo, mamá (respondió la niña). Te aseguro que toda la culpa es de él.

Y su voz temblaba como cuando se va á llorar.

—No te riño, hija mía (replicó la madre, acompañando sus palabras con un gesto afectuoso). Únicamente que no quisiera que fueses injusta ni vengativa. Te exijo que des un beso á tu amigo, y que todo quede concluído entre los dos. Sois ambos unos niños.

Camila, dichosa en obedecer, se volvió con la fogosidad que hacía todas las cosas aquella niña de sensaciones tan ardientes, y con una

inocencia apasionada se arrojó al cuello de Allán, que se había quedado mudo y sombrío, y se había mordido los labios hasta hacerse sangre, al oír las últimas palabras de la señora de Scudemor: *Sois los dos unos niños.*

La besó; pero de muy mala gana.

—¿Seríais vos también caprichoso, Allán? —dijo, fijando en él una larga mirada.

¿Había visto de repente, con la extremada perspicacia de la mujer amada, la profundidad del sentimiento que inspiraba en aquel joven corazón?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Avda. 1625 MONTERREY, MEXICO

IV.

Corrían los días; pero ya Allán no los pasaba en la sombra furtiva del jardín ó en las orillas lejanas del río, teatros favoritos de sus paseos, mientras que el salón de la Condesa rebosaba con la alegría, las risas y los propósitos de las mujeres en él reunidas. Estaba seguro de ser visto por ella, de ser adivinado en todos sus pensamientos.

La irritación contra la mujer amada, esa injusticia que tiene sus raíces en el mismo sentimiento que se experimenta porque no sea adivinado el amor, ese mentís perpetuo al deseo lanzado por la misma que le inflama, no le arrojaban de la sociedad con el despecho de la pasión obligada á ocultarse, porque las pasiones maltratadas son las que nos inducen siempre á buscar la soledad.

Allán apenas se separaba de la señora de Scudemor; pero ¿tenía ésta motivo para quejarse? ¿No se lo había mandado ella misma?

Por más que al hacerlo hubiese adoptado el lenguaje de la experiencia, el joven no podía dejar de sentir una vaga esperanza unida á todos sus pensamientos. Y, por otra parte, la pasión presenta muchas veces astucias tan modestas en sus votos, que hacen estremecer aun á los más avezados, por las consecuencias de tal hipocresía ó por la sinrazón de nuestros sentimientos.

Allán era dichoso con el misterio que había entre la Condesa y él. Desde el día que tuvo lugar la conferencia, y á pesar de las desconfianzas de su carácter (todas las grandes imaginaciones son desconfiadas), llevaba la vida con más conformidad, entregándose por algún tiempo á la admirable fatuidad de la juventud, que confía en todo sin cuidarse para nada del porvenir. Respondía con la torpeza de un sentimiento verdadero á las chanzas dulcemente burlonas de las mujeres que habían venido de París á pasar el verano en el castillo de los Sauces, y que habían visto con extrañeza el cambio verificado en el humor de aquel hermoso joven, al que hubieran deseado ver que pensaba más en ellas. Pero á los ojos de éste, no había ninguna que pudiera sostener la comparación con la señora de Scudemor, á la que, en el orgullo de su belleza y frescura, calificaban todas de *pasado*, y á los pies de la cual, sin

embargo, ponía todas las primaveras humilladas.

Se ha visto que lo que caracterizaba el amor de Allán á la Condesa era una excesiva timidez. Cuanto más había crecido este amor, menos familiar se mostraba el joven con la mujer á cuyo lado había pasado la infancia. Amor verdaderamente joven es el que se traduce por los temblores del respeto. La timidez, que no es más sino la emoción perpetua que produce en nosotros la intuición de la belleza que nos cautiva, se aumentaba en Allán por muchas circunstancias accesorias, que modificaban en gran manera su posición con respecto á la mujer amada.

Las mujeres que no viven más que para el amor, tienen razón en mostrarse orgullosas cuando son bellas, porque la vergüenza de la naturaleza espiritual del hombre se halla escrita en las impresiones ardientes y deliciosas que nos conmueven cuando son causadas por su adorable hermosura. Pero si esa belleza ha muerto ya ó va á morir, atacada en su fuente más pura; si (¡casualidad extraña!) vamos á buscar lejos de nosotros un alma que amar con todas las aspiraciones de la nuestra; si es á una flor marchita, destrozada por el pié de un hombre, sepultada en el polvo, á la que sonreímos con la primer sonrisa de nuestras

corolas entreabiertas, una multitud de hechos poco comunes, agrupándose á su alrededor, hacen este amor extraño cien veces más terrible.

La juventud es un hecho que ocupa su lugar en la vida. Cuando la existencia entera está en el porvenir, el pasado es desconocido por completo. Un alma que ha vivido ya su vida, es un misterio mucho más formidable que la que comienza á vivir, para el que tiende en la misma bahía de la adolescencia, su blanca vela al viento que se levanta. ¡Ah! ¡Con qué ardiente y soñadora curiosidad se mira este buque procedente de lejanas riberas, que ha surcado tantas ondas y tan amargas! ¡Qué divina nos parece esa mujer á través de su mortal palidez, solamente porque se diferencia de nosotros por todo un pasado impenetrable! Es un Dios oculto el que se adora en ella, y jamás nos hemos visto tan cortados como en su presencia al lado de las vírgenes más encantadoras.

Y la imaginación, raíz de todas las pasiones, encuentra su pasto en estas locuras incomprensibles. No creáis que hay en el amor del adolescente por la mujer envejecida algo más gloriosamente inmaterial que en todo lo que lleva el nombre de amor. Por cambiar de objeto, la pasión no cambia de naturaleza; y

siempre tiene su causalidad y su objeto en el fango de nuestra carne, círculo cuyos dos extremos se juntan y confunden no se sabe dónde....

Y por otra parte, la hermosura que se ama y se prefiere es un secreto que la imaginación guarda siempre. Cabellos grises por los años, sobre un cuello que ha perdido la morbidez y el pálido azul de sus venas; ojos cuya llama se concentra en lugar de irradiar bajo sus párpados, como si el corazón hubiese absorbido en sus áridas arenas las olas de luz y de lágrimas que en ellos tenían su asiento; boca cuyo aliento no es fresco, sino ardiente, ¿no hay en todo esto tanta voluptuosidad como en las eflorescencias de la juventud? ¿No se diría que el alma, como la naturaleza, hace florecer en las ruínas sus flores más hermosas? Y la imaginación más ardiente, ¿no llega en todas las cosas á lo que otras imaginaciones menos ricas tienen el atrevimiento de llamar una depravación?....

La edad de la señora de Scudemor, que ponía toda una vida entre ella y Allán, podía ser una de las causas de la timidez de éste; pero evidentemente no era la única: existía otra más íntima. La mayor parte de las pasiones fuertes sacan su poder de los contrastes. Rompen violentamente la unidad humana: por

ejemplo, los caracteres más despóticos son los más humildes en amor, llevándose los donde se quiere: los demás no sacrifican más que su vida; pero ellos sacrifican su voluntad: ¡magnífica abnegación si lo fuese verdaderamente, si no fuera el goce más embriagador que existe! ¿Quién no ha comprendido el capricho de Catalina II, que deseaba ser golpeada por su amante? Y no creáis que era una prueba de firmeza de sentimientos en la Emperatriz esa exigencia humillante, no. No es fácil explicar la felicidad suprema, inesperada, que se encuentra en ese movimiento, en sentido contrario de las leyes que rigen á los corazones altaneros, y que hace á los más altivos caer de rodillas y besar con humildad los piés de una criatura miserable.

Allán experimentaba este sentimiento: niño mimado, tenaz, imperioso, encontraba un placer desconocido (y estos placeres son los más vivos) en someterse, en humillarse, en arrastrarse á los piés de la señora de Scudemor, y el placer de ser dominado por ella hacía más turbulentas aún las impresiones que se dirigían á sus sentidos y los inflamaban hasta el delirio.

La vida del campo en su compañía, muelle y perezosa; el *far niente* del sofá y del musgo, de paseos y de conversación indiferente, llena

de silencios expresivos, es la existencia más peligrosa. Si las jóvenes nos hicieran con franqueza sus confesiones, es seguro que, al hablar de esto, enrojecerían sin saber por qué.... Probablemente el perfume de las lilas, de los jazmines, los ardores del mediodía y las frescuras de la noche que allí se respiran, son las que les producen esos rubores repentinos que no se atreven á explicar.

Cuando se está con la cabeza inclinada sobre la labor, con los cabellos rizados que ondean haciendo una grata sombra en las manos que bordan al mismo tiempo que ocultan el rostro, y se siente llenarse el pecho al oír el canto de un pájaro, experimentase un encanto indefinible, del que cuesta un sentimiento real tenerse que desprender; es una novela triste, en la que la imaginación se complace con ternura.

Cuando se está, como se encontraba Allán, sumido en esa Capua de un hermoso estío pasado en el campo, y un amor profundo se ha apoderado de uno por la primera vez; cuando *aquella* á quien se idolatra está allí, hermo-seando con su encanto todos los accidentes de esa vida dulce, la felicidad no puede describirse; pero Dios no ha querido que fuese posible resistirla.

El que esta felicidad goza, como Allán la

gozaba, siente abrirse en su alma la magnífica flor que en ella ha sembrado, respirando un aliento embalsamado de mujer. Se cree que ese aire en el cual se sumerge con estremecimientos voluntarios todo su ser, llevará el polen de esta flor oculta á la que se adora en silencio. Tiernas ilusiones, confianza supersticiosa en la naturaleza, fecundación del alma por el alma, sueños frágiles del primer amor: ¿por qué se compone de estos elementos divinos el mal desconocido de la vida?

¡Ay! Allán no había sentido esta deliciosa fase del amor más que imperfectamente. Sólo la había adivinado. La mujer que amaba no ignoraba su pasión; ¿no se lo había dicho ella misma? Le había comprendido; pero al decirselo no había destruído los deseos contenidos y las dudas de los primeros instantes. Hacía mucho tiempo que semejantes dudas y tales deseos contenidos, no existían en aquella alma, que vivía demasiado de prisa.

No hay nada que pueda compararse, en las felicidades de todas las pasiones que vienen después, con la poesía del corazón al despertar á la impresión misteriosa del día que va á seguir.

El hombre insensato no lo cree; pero de toda la felicidad del pasado, es el único momento que se echa de menos, y que queda santificado

en medio de los recuerdos más puros profanados.

Allán no había obtenido ni aun la embriagadora confesión que no se paga con nada, sino solo una piedad estéril; y sin embargo, la burla que él temía se le había evitado, y esto le sostenía.... Por otra parte, á la edad del joven, cuando la pasión tiene delante de sí todo el porvenir, el deseo es más bien una voluptuosidad que un sufrimiento, y los sentidos se alimentan con la contemplación lo mismo que el corazón.

Cuanto más crecen las pasiones, más tienden á la realidad, se materializan más. El platonismo no es nunca más que el principio del amor. Allán no soñaba, contemplaba; pero contemplar es la embriaguez. Veía á la señora de Scudemor en los detalles insignificantes de la vida íntima, más perturbadores todavía que las poéticas adivinaciones del pensamiento. Su presencia aventajaba á los sueños y á los recuerdos, y aun dejaba muy atrás á la imaginación.

En cuanto á ella, repetíase por lo bajo lo que había dicho á Allán en voz alta. Su razón aventuraba algunas veces un reproche; pero le atenuaba diciendo que todo ello no era más que una locura, que sería peligrosa ciertamente en una joven de la edad de Allán, por-

que las impresiones de las mujeres son más profundas que las de los hombres; pero que pasaría muy pronto, demasiado pronto tal vez, sin necesidad de verse obligada á emplear medios violentos.

¡Una locura! Palabra que pronuncian todas las incrédulas de cuarenta años, palabra orgullosa, pero llena de una sabiduría de las más vulgares.

Sea de esto lo que quiera, lo cierto es que una hipótesis terrible tenía alarmado su espíritu y espantaba su conciencia. ¿Si el amor de Allán no fuese lo que ella creía?... ¿Si en vez de ser un entusiasmo efímero se convirtiera en una de esas pasiones devoradoras que debiera más tarde destruir el destino del joven, tan hermoso, tan espiritual, tan lleno de generosidad?... Y resolvió salir de dudas á cualquier precio, á pesar de la timidez del enamorado Allán.

Desde el día que la había motejado de caprichosa, había estado más cariñosa con Camila: ¿quería impedir con ello que la niña advirtiese la frialdad de su amigo? Si hubiese sido una coqueta, una de esas mujeres henchidas de vanidad que gozan en ver palpar y sangrar bajo el nácar de sus sonrosadas uñas un corazón que se proponen devorar más tarde, se hubiese creído que quería estudiar en

el joven el efecto de la ternura inesperada que mostraba por su hija.... Era indudable que tenía un motivo para conducirse de aquella suerte; pero ¿quién podría, excepto ella, dar la razón de los cálculos que había formado en el sagrado de su intención aquella mujer incomprendible?

ALLÁN Á LA CONDESA DE SCUDEMOR.

«Vos, señora, que habéis adivinado una vez lo que pasaba en mi interior, ¿no podríais comprenderlo otra? ¿No sois la criatura superior que yo imagino? ¿Sabéis lo que me impele á escribiros? Y si lo sabéis, ¡ah! ¿por qué obráis de esa manera tan incomprensible y cruel á un mismo tiempo? Escuchadme:

» Habéis conocido que os amaba; pero eso no era muy difícil. El amor que yo siento en mi pecho iluminaría los ojos de un ciego, y vos sois mujer, y habéis pasado la edad de la juventud, dos razones poderosas para que no podáis desconocer los tormentos de que sois la causa.... Os habéis equivocado, sin embargo, señora. Habéis creído que mi amor era sólo un capricho de adolescente, una flor de primavera que moriría á la caída de las hojas, algunas gotas más de sangre en mis venas; y si habéis dicho verdad cuando me hablasteis, es un error y una humildad por los cuales os